

# DON QUIJOTE

BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## DENUNCIADOS!

El último número de DON QUIJOTE ha sido denunciado.

Sentimos el percance.

## UN GRAN REY

Se habla de armamentos, de guerras, del lujo y del poderío de emperadores y reyes, de listas civiles, de opeles y de fastuosidades reales... Y me acuerdo de aquella feliz Suiza, tan calumniada por los paisajistas de bajo precio y por los músicos de tres al cuarto... (salvo Rossini y Bellini).

Hace unos años hallábame yo en un hotel de Lucerna... Contemplaba á varios jugadores de billar que distraían sus ocios con tan paciente é higiénico juego. La partida debía ser interesante; llevaban ya empleadas en ella tres ó cuatro horas y muchos *cinecentas*. Habían consumido varias docenas de *boks* de clara y espumosa cerveza, muchas pipas y un cestillo de *sandwichs*, y de nuevo se empenó otra partida.

Las bolas rodaban, crecían los gritos, palabras duras y resonantes en alemán-suizo (el idioma más arriscado que he oído en mi vida) substituían á las que emplean nuestros jugadores de billar para decir si una carambola es legítima ó si la corbata es de ley. ¡Era una de correr bolas, de chocar tacos, de charlar, de beber y fumar, que hacíase de todo punto imposible el leer, el hablar, el respirar y el vivir en la escandalosa sala de juego de aquella fonda suiza.

En medio del estrépito, llamó mi atención un jugador de tres al cuarto, adiposo, el cual seguía la partida vestido de... rigurosa etiqueta, tan rigurosa, que se componía de un chaleco desabrochado y de las blancas mangas de su camisa. En un momento de la discusión quiso explicar á sus compañeros cierta carambola. Tumbóse en la mesa como el pez se sumerge en el agua, esgrimió el taco y con respiración fatigosa intentó reproducir la difícilísima jugada.

Era un tipo tan marcado de burgués satisfecho, que no pude creer á un amigo mío cuando me dijo en baja voz que apagaba el estrépito de aquel billar de pueblo en día festivo:

—Ese es el vicepresidente...

—¿El vicepresidente de qué?

—El de la Confederación Helvética...

—¿Cómo! ¿Es posible?

El vicepresidente seguía, más colorado cada vez, discutiendo si el mingo (fiel espejo del encendido rostro de Su Excelencia), había llegado á tocar á las otras dos bolas.

Y entre las risotadas y palabras recias de sus amigos, entre bromas, palmaditas y burlas, se tendía de nuevo sobre la mesa.

Pues, sí, señor; era el propio y auténtico vicepresidente de la Confederación Helvética; es decir, presidente del Consejo de Ministros: Silvela, Hoenhole, Pelloux y Waldek-Rousseau de un país, si no muy grande por su extensión territorial; poderoso por las naturales defensas que las montañas y los habitantes ofrecen al enemigo. Era el vicepresidente que jugaba con sus amigos una partida de billar.

¡Pero acaso en Suiza existe la política? ¿Saben acaso los metidos en ella darse la debida importancia de grandes hombres, señalados por la divina Providencia para regir altos destinos?

La política es palabra desconocida en Suiza, salvo los días de elecciones presidenciales. Ejércese como se practicaba en los Estados Unidos cuando los felices tiempos de la libertad.

¡La política en Suiza! Allí, en Berna, en el palacio destinado á las sesiones de la Confederación, es donde se comprende el sistema parlamentario que rige á los descendientes de Guillermo Tell.

Las sesiones empiezan á las nueve de la mañana, cuando no empiezan á las ocho. Aquellos diputados no son tan poco madrugadores como los nuestros. No se crea que reciben á sus electores en mangas de camisa, cuando no en la cama y calado el gorro de dormir. A las nueve, casi todos los cantones de Suiza pueden estar seguros de que sus representantes, correctamente vestidos de negra levita, ocupan en el Parlamento los puestos que les están asignados.

El Parlamento, como todo el país, es un reloj que marcha perfectamente, sin que se enmohezcan las ruedas, ni se suelten los tornillos. A la hora misma en que el labrador aparea sus bueyes para roturar la tierra, en que el relojero suizo prepara sus útiles y el cazador alpino limpia sus armas, el diputado sale de la correspondiente casilla del reloj y se dirige al Parlamento.

Pocas palabras, poca cháchara en pasillos; ábrese el salón, y si el visitante consigue subir hasta la tribuna principal, precedido de un portero coloradote y sonriente, muy pronto, de una ojeada, se forma idea del carácter del pueblo suizo allí representado. El salón es pequeño y sobriamente adornado; la mesa presidencial apenas se levanta un metro del suelo; el presidente, sentado como un oficinista en un modesto sillón, dirige la palabra á los diputados con sencillez y naturalidad propias de conversación de mesa de restaurant ó de vagón de ferrocarril. ¿Qué es eso? ¿Algún anuncio de interpelación? No, señor. Sin embargo, el presidente se vuelve hacia un diputado... Tranquilemosnos: es que el diputado por Gruyere (un diputado quesero, como lo es triguero el Sr. Gamazo) hace señas á S. E. el presidente de que le envíe un vaso de agua.

¿Y qué sucede ahora? El presidente baja como azorado por los escalones de la tribuna. ¿Hay jaleo? Tampoco. El señor presidente saluda á varios amigos y les sonríe como diciéndoles:

—No faltéis esta noche. La cerveza que ha llegado al café X es de primer orden.

¡Oh, diputados meridionales de abundante palabra y rebullidora sangre!

¿Qué haríais de ese honradote presidente, servidor de vasos de agua, y que en nuestro Parlamento no hubiese pasado, á lo más, de la categoría de mozo de café?

Y tú, presidente cachazudo, ¿qué harías en una Cámara meridional? ¿Servirías el vaso ó lo tirarías á la cabeza de alguno de los señores diputados?

Pero no nos detengamos en graves cuestiones de servicio interior. La sesión continúa. Cierta diputado alemán, de luenga y rubia barba, pronuncia un discurso que causaría envidia al señor Rodríguez San Pedro. ¿Deben rebajarse en Suiza —pregunta—, ó por mejor decir, en el cantón que represento, los derechos que paga el azufre? Esta cuestión del azufre, que sulfuraría á cualquiera, deja en la mayor tranquilidad á los señores representantes. Y el alemán prosigue su solemnisma *tabarra*, que por las trazas lleva ya más de dos horas y media.

Cuando se sienta, un representante de cantón francés, pide no se qué documentos, y poco después un diputado de la Suiza italiana reclama, con actitudes de barítono, justicia contra los italianos habitantes en Suiza, y más amigos del cuchillo que de la pública tranquilidad.

A todo esto, los señores diputados, silenciosos, inmóviles, parecen dormidos, pero no pierden palabra. Aquellos maniqués parlamentarios vestidos de negro, que se destacan sobre el fondo rojo de los asientos, muy rara vez dan señales de cansancio, de aplauso ó de protesta.

¡En Suiza es un oficio muy productivo el de diputado silencioso!

La sesión se desliza monótona y aburrida, y ni los alemanes de duras cabezas y ancha ropa, ni los franceses é italianos vestidos más á la moda, parecen inmutarse, hasta que, á las doce, un toque de campana les indica que un *bok* de cerveza y un buen trozo de carne cruda, bien cargada de pimienta, les espera en la mesa.

Rara vez aquel salón se alborota, y sólo cuando el presidente cesa, y es preciso elegir uno nuevo, ligero oleaje mueve el más tranquilo lago de Suiza, que es el de la política.

Entonces échase mano del más joven unas veces, del más viejo otras. Ahora le ha tocado al más joven, á un simpático muchachote de Ginebra, de tipo obrero y plebeyo, que contrasta en los escaparates de Berna con los reyes de la baraja europea, recargados de plumeros, condecoraciones y adornos de procesión.

Ya está el presidente elegido. ¿Y sabéis á lo que se dedica durante su mando? En invierno á pensar en su patria: en verano... ¡á montar en bicicleta!

Hace dos años, vi yo pasar el tren presidencial por los alrededores de Ginebra; el tren presidencial, compuesto de un aparato biciclo y de dos

amigos que acompañaban al presidente. Todos ellos recorrían el campo, se paraban en posadas y aldeas. A su paso no sonaban músicas, ni formaban tropas, ni se oía el pesado trote de los caballos ni el rodar de carrozas.

¡Presidente feliz, presidente en mangas de camisa que desde una bicicleta gobierna el Estado más dichoso del mundo, porque es el más feliz!

RODRIGO SORIANO

## MIRANDO AL SUELO

(IMITACIÓN DE BERANGER)

No hallando Dios cosa con que entretenerse, harto de estar solo cavilando siempre en forjar cadenas, trabajos y pestes; la causa buscando de la cual depende que tan pocas almas por las puertas le entren, de su paraíso dejó los vergeles, y un día á paseo salió, como suele, del reuma y la gota para distraerse.

Como está ya viejo, y el cuidado vese de salud escaso, muy poco valiente, aun despacio yendo fatigóse en breve. Mas viendo un banquillo, sentóse, y alegre, por sobre las nubes sacando la frente, al suelo volviendo los pies, —¡Hospital! —se dijo, hablando entre dientes: —*Si doy con el mundo, que el diablo me lleve!*

Debió, al fin, hallarlo, si el cuento no miente, pues pronto quedóse frío cual la nieve, clavados los ojos, que espantan y hieren, en un bulto que hombre ó insecto ser puede. Miróle con calma, y vió que era un vientre vestido con ricas sedas del Oriente, sentado en un solio que envidian los reyes, y envuelto en su capa de cálidas pieles, con procaz haurura bostezando siempre y al mundo su esclavo pidiendo presentes. Mas si hay algún loco que, pobre ó rebelde, dinero no tenga ó audaz se lo niegue, el vientre que, mudo, hablar sabe á veces, basta con que clame: «¡Maldito el hereje!» para que en la lista de los vivos quede su nombre borrado de entonces por siempre. Y al ver Dios al monstruo murmuró entre dientes: —*¡Bah, bah!... ¡Si tú es PETRUS, que el diablo me lleve!*

Volviendo á otro lado su rostro imponente, miró levantarse, rodeado de plebe, que ansiosa al verdugo ya aguarda riéndose, el palo fatidico, que más bien parece cucaña en la horrible fiesta de los jueces. La víctima llega; quizá es un imbécil, quizá nació loco, quizá es inocente!... Mejor que matarle (puesto que la muerte un lecho es que el hombre tal vez apetece), mejor que matarle, quizá conviniere meterle en el fondo de cuatro paredes, ó con una argolla ó un fuerte grillete

mandarle abrir túneles ó montes estériles, diciéndole: «¡Llora, trabaja y padece, y, pues no la amaste, libertad no esperes.» Pero, no; es preciso que muera el que peque, y al reo se mata... y el crimen no muere. Mas, viendo este escándalo, Dios dijo entre dientes: —*¡Si esto es justicia, que el diablo me lleve!*

No lejos, atónito, ve un hato moverse de pobres labriegos, misérrimos seres que de pan exhaustos y faltos de albergue, más que hombres, cadáveres, fantasmas parecen. Sin tregua escurriendo la capa terrestre, cual humanos topes que hozando envejecen, sangre de las venas perdiendo á torrentes, las tierras labrando que á otros pertenecen, trabajan... y el fruto que, tras doce meses de lucha, recogen del predio que atienden, entre el señorio y entre los lebreles del fisco y la curia, les desaparece. Quedándose al cabo de tantos reveses, sin pan su familia, sus campos sin germen. Y en tanto en la aldea todo esto acontece, «Leyes hay, se dice, que al pobre protegen...» —*¿Qué leyes ni rayos!* — Dios dice entre dientes: —*¡Si valen tres pitos, que el diablo me lleve!*

No para aún en esto lo que el mundo ofrece; y á través mirando de sus gafas verdes, vió pobres de pronto trocarse en marqueses; vió escrituras tales firmar á indigentes, que al cabo de un año perdieron su albergue; soldados cobardes llegar á ser jefes, y morir sin gloria los más grandes héroes; pasar por honrados los que honra no tienen, por santos los tunos, por justos los débiles; ocupar altares los que horca merecen, y arrastrar carroza, quien debe un grillete; hacerse riquísimos tratantes de aceites, y comprar el cielo prestando á intereses. Tal viendo asombrado, Dios dijo entre dientes: —*¡Si hay mayor absurdo, que el diablo me lleve!*

De presenciar harto tantas pequeñeces, aún en otras cosas puso Dios las mientes. Vió malos gobiernos, que, falsos y alevés, del pueblo con sangre engordan y crecen; curas que cual perros hidrófobos muerden, y armados predicán virtud á los fieles; ricos que robando grandezas adquieren; médicos de quintas, que dan por encenques (mediante cuatro onzas, cuando no son siete) mozos que, á la postre, toman el pedengue, y el país dejando sus ahorros pierden; famélicos hombres, desnudas mujeres y espigados niños que á leer no aprenden; y, en fin, tantas cosas que no deben verse, que Dios, espantado, las cruces haciéndose, comprendiendo entonces que el infierno madre,



# DON QUIJOTE



Ya tenemos la comida segura.



Hay que barrer mucho y hay que barrer bien.



Don Práxedes (aparte).—(¿Qué ganas tengo de verme libre de estos andadores!)

Don Segis (también aparte).—(¿Cuándo nos dejará en paz este buen señor!)

Don Valeriano (para su capote).—(¡Me parece que voy a dejar caer á los dos!)



Cabezas de ministros.  
Alfonso González.

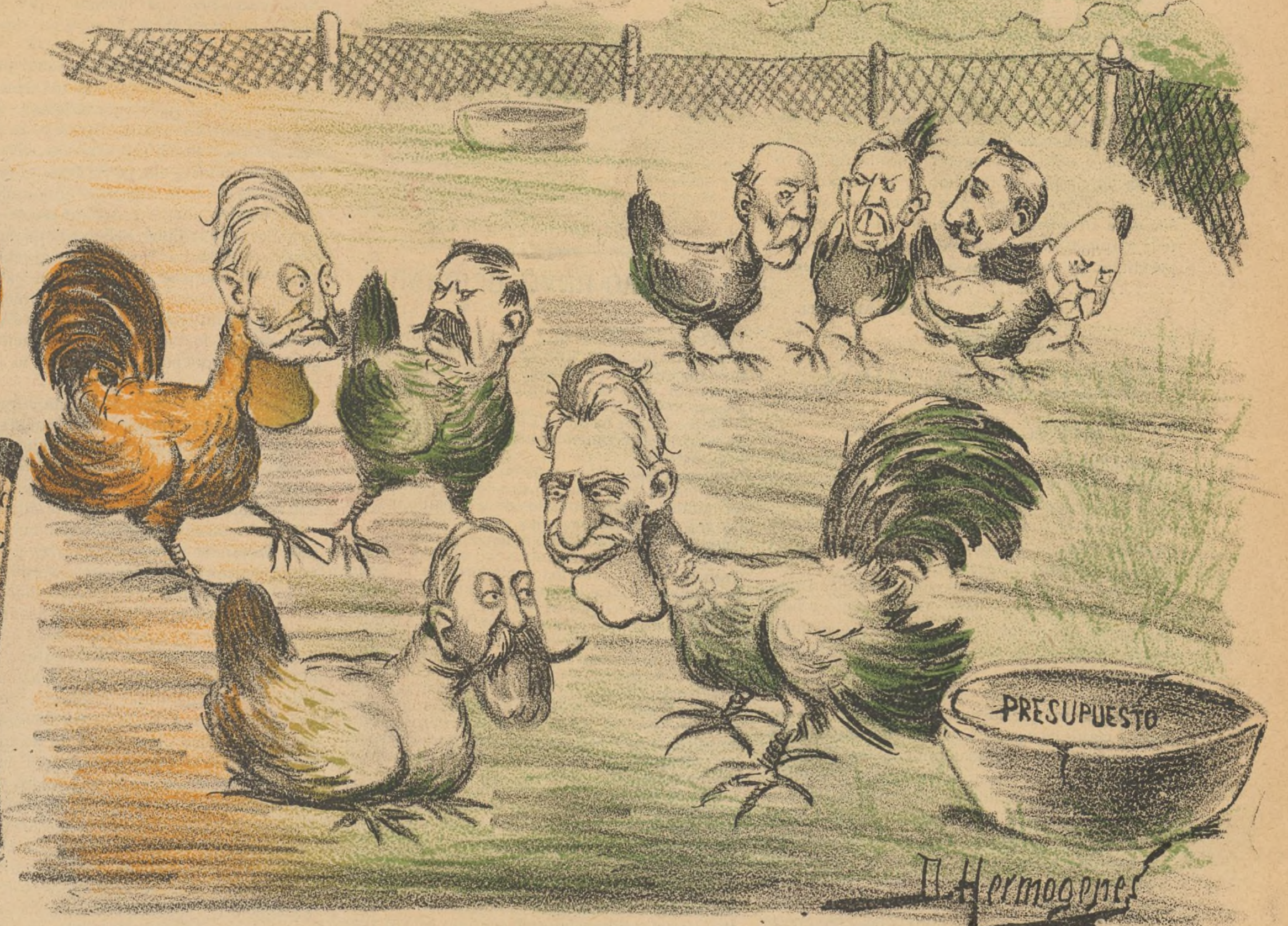


¡¡Crisis!!

Weyler.—Ordeno y mando: queda prohibido el amor desde esta fecha.



Don Opas Casañas perpetrando un sermón catalanista.



Gallinero Nacional.



metióse en la gloria  
diciendo entre dientes:  
—¡Si yo hice tal mundo,  
que el diablo me lleve!

M. CURROS ENRIQUEZ

## PARRAFOS

«Abogáis por el régimen de la libertad, queréis establecerlo, y fundáis la monarquía hereditaria, os entregáis al régimen de la fatalidad. Porque fatalidad es elegir un rey y tener mañana que admitir a su hijo, cualesquiera que sean sus condiciones intelectuales, morales y físicas. ¡Cómo! Tratándose de la suerte de la nación, ¡vais a entregarnos nada menos que a la suerte, a la fatalidad, al acaso!

No comprendo en vosotros esa contradicción, más grande, más temible, más trascendental que las ya indicadas.

Y no me digáis que esas monarquías se sostienen durante siglos a grande altura, gracias a lo ustre de su origen y a la esmerada educación que de niños reciben los príncipes; la historia nos demuestra lo contrario. Se observa constantemente cierta degeneración en esas dinastías. Ahí están para demostrarlo las dos últimas que hemos tenido en España.

Desde el Renacimiento acá, hemos sido gobernados por la casa de Austria y la de Borbón. La de Austria principia por un hombre de cierto genio, por Carlos I, que sueña con la monarquía universal con que soñaran Carlos Magno y Gregorio VII. Está muy por debajo de Carlos I su hijo Felipe II; muy por debajo de Felipe II Felipe III; muy por debajo de Felipe III Felipe IV. Cuando llegáis a Carlos II, dais ya con un rey imbécil.

¡Cosa particular! Los retratos de esos reyes están en nuestros Museos; no hay más que irlos comparando, para ver que a esa degeneración moral é intelectual corresponde una degeneración física. Escrita está en sus semblantes esa degeneración.

Llegamos a la dinastía de los Borbones. No hubo en ella ningún genio político, como en la casa de Austria; no hubo más que medianías y vulgaridades. Se sostiene algún tiempo en Fernando VI y en Carlos III, declina luego bruscamente en Carlos IV, continúa degenerando en Fernando VII. No tengo necesidad de deciros si está degenerando o no la raza de este monarca.

Adoptado el principio hereditario, tenéis que aceptar todas las monstruosidades que os presenta la historia: reyes que, como Fernando VII, comienzan conspirando contra sus progenitores, y conspiran luego contra su patria; reyes que, como Enrique de Trastámara, llegan al trono teñidos con la sangre de sus hermanos; reyes que, como Sancho el Bravo, hacen armas contra su propio padre...

Lo que ha sucedido en España ha sucedido en todas partes. Importa poco que la monarquía cambie de origen, y en vez de ser de derecho divino sea popular; las monarquías populares han sido tanto o más despóticas que las de origen divino. Napoleón, que recogió la corona del polvo de las barricadas de Diciembre, y fué también despota. ¿Vais a buscar una monarquía que no sea la de un soldado? Si Luis Felipe no retrocedió todo lo que deseaba, retrocedió hasta donde se lo permitían las condiciones de vida de su pueblo.»

PI Y MARGALL

## AUELLOS TIEMPOS...

(POR EL CABLE... CELESTE)

Es indudable, y esto lo juro por el mismísimo Preste Juan de las Indias, que allá en los cielos los buenos españoles de antaño, aquellos que andábamos al retortero de las libertades por este remozado Madrid, esfámós, más que en la santa gloria, en el limbo inocente...

Verdad es que hogaño les ocurre lo mismo a los ibéricos mortales, tan pacientes, dociles y buenos que el Santísimo Cordero Pascual ó el nobilungo del Toisón de oro son a su lado verdaderos tigres de Bengala.

Ciertamente que no vuelvo de *mi apoteosis* al contemplar mi queridísimo Madrid, el de los antiguos viajes de aguas: aquellos que mandaron a las comunidades religiosas con una degollina sólo comparable a la biblica de los Santos Inocentes. Ciertamente que allá en mis tiempos de modestísima calea y, por tanto, no soñada bicicleta, éramos asimismo un pueblo bonachón y tan honradote, que por un quitamallá esas pajas tocábamos a *generala* y armábamos una de San Quintín, pasándonos tres ó cuatro días por estas calles batiéndonos a tiros, puñaladas ó bayonetas con quien se nos ponía en contra, con lo cual cumplíamos santa y modestamente lo que al pa-

rirnos nos dieron y encargaron nuestras benditas madres...

Pero, ¡por mi señora Santa Agueda! ó soy un loco de atar en estos tiempos, ó en él no existen más que nauseabundas granjorías, hombres tan cobardes, afeminados y sinvergüenzas que el fuego sagrado del Señor enviado a Sodoma y Gomorra, el gigantesco esfuerzo de Sansón aplastando a los filisteos y, en fin, otras siete plagas de Egipto, no serían bastantes para castigar, volviéndoles al barro de la nada, a éstos que nosotros, los de ayer, creamos con nuestra alma puesta siempre en la tradición del Cid y de Cervantes, de Pelayo ó Isabel la Católica, de Dios, de España y de la libertad santísima...

¡Voto á Lucifer! y qué falta hacía aquí mi buen amigo San Cristóbal, con sus fuerzas atléticas y gigantesca talla, para que comenzase a punta-piés... ¡Perdóneme mi Dios de los ejércitos y todos los santos de mi amistad y devoción, que me exprese con tal furor y cólera!... Mas ¡voto á maese Caronte y a su perro Cerbero! que veo ésta mi España en manos y gobernación de todos los diablos más viciosos y estúpidos que ha creado el averno...

FRAY GERRÚNDO

## ANÉCDOTAS POLÍTICAS

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

A la salida del teatro.  
Hablan Cavestany y Cano.  
—¿Qué le ha parecido a usted la obra que hemos visto representar?  
—Un disparate.  
—Una imbecilidad así la hace cualquiera.  
—Yo me comprometo a hacerla.  
—Y yo.

Urzáiz se halla de visita en casa de una señora. El niño de ésta, una criatura angelical, digna de obtener el primer premio en el concurso infantil de *Blanco y Negro*, pregunta al ministro de Hacienda:

—Caballero, ¿quiere usted que le cuente los caballos?  
Sería cosa muy difícil,—responde Urzáiz sonriendo.  
—No, señor; tenga usted entendido que sé contar hasta diez.

Alfonso González al doctor Pulido:  
—¿Cree usted en los aparecidos, D. Angel?  
—No, señor ministro; si creyera en ellos no ejercería la medicina.

Castellanos el mínimo y Poveda el idem son muy supersticiosos.  
—Yo—dice Poveda—llevo siempre como amuleto, colgado al pecho, un cerdito de plata.  
—Pues yo—declara Castellanos—llevo un retrato de nuestro jefe, que viene a ser igual.

En la tertulia de Sagasta.  
Montilla a D. Práxedes:  
—Señor presidente, ¿está muy cerca el día de la crisis?  
—No, hijo mío. ¿Y por qué me preguntas eso?  
—Para saber cuándo debía comenzar a que-rrerle más.

Capdepón, que ha sido alguna vez joven, se examina de Química.  
—Vamos, le dice el profesor; hablemos usted de cualquier tema de la asignatura.  
Capdepón, humildemente:  
—¡Pero si no se nada de ella!  
—¿Cómo es eso?  
—Porque el libro de texto que he comprado, según he leído en el índice, no trata de nada.  
—¡Hombre!  
—Sí, señor; en el índice del libro dice: «Ni-trato de cobre, ni-trato de plata, ni-trato de plomo...» ¡Es un libro que no trata de nada!

## UN LIBRO REVOLUCIONARIO

El editor Sampere, que sin bombos ni reclamos viene haciendo una gran labor por la cultura nacional, ha publicado en seis tomos, a peseta cada uno, el admirable libro de Voltaire *Diccionario Filosófico*.

Blasco Ibáñez ha dicho a propósito de este libro, cuya lectura recomendamos a nuestros lectores, lo siguiente:  
«Siglo y medio llevamos en España hablando de Voltaire; los curas, asustándose al pronunciar su nombre y empleándolo como espantajo para infundir santo pavor en las almas crédulas; los librepensadores, los revolucionarios, los que anhelan el progreso humano, venerando al filósofo francés como uno de los iniciadores de la general protesta contra la mentira secular; y lo gracioso del caso es que ni unos ni otros, los que maldicen y los que aplauden han leído a Voltaire.

Lo prueba el hecho de haber transcurrido más de siglo y medio sin traducirse al español el *Diccionario Filosófico*. Nuestro público conoce las novelas de Voltaire; el *Cándido* es casi popular, algunas frases sublimemente irónicas del gran escritor, son del dominio común; pero su obra maestra, la que le hizo inmortal y ser odiado por los sacerdotes, el *Diccionario Filosófico*, sólo lo conocen los que lo han leído en francés.

Más de un siglo de intolerancia religiosa y de aislamiento intelectual con el resto de Europa hizo que la obra del gran demoleedor no salvase las fronteras de España; después, cuando una serie de revoluciones abrió nuestras puertas, entraron por ellas otras obras más modernas, pero que no eran más que imitaciones de Voltaire, compendios extraídos de la inagotable mina del *Diccionario Filosófico*; y el original quedó lejos y en el olvido.

Creerán muchos, juzgando por el título, que el

*Diccionario Filosófico* es una obra de consulta, austera y monótona. No; sólo tiene de diccionario el título y estar los numerosos artículos que lo componen colocados por orden alfabético. Voltaire antes que filósofo era escritor y, mejor que escritor, periodista, aunque jamás redactó periódicos. Su estilo fácil y ameno es el de los modernos cronistas; quiere enseñar, pero deleitando. El filósofo tiene en los labios el gesto de la gravedad; pero sobre su cabeza sueñan continuamente los burlescos cascabeles del gorro de la Alegria, y por entre los párrafos de profunda erudición crítica relampaguea a cada momento la frase irónica y punzante que corta como una espada el manto arlequinesco del pasado.

No es, además, como pudiera presumirse por el título, una obra que sólo trata de problemas filosóficos. Es una crítica histórica, un compendio de la vida de la humanidad; cuanto de bueno y de malo han hecho los hombres, allí se encuentra condensado con raro arte; y las religiones, las monarquías, las instituciones sociales de todas las épocas pasan por las páginas del libro como rebaños asustados bajo los zurriagazos del sublime burlón que en mitad de un grave pasaje hace prorrumper al lector en carcajadas. No es necesario leerle ordenadamente, un capítulo tras otro. Por la página que se abra el libro se tropieza inmediatamente con el gran Voltaire, y el lector se siente cautivado por la gracia y la sabiduría del autor.»

## ¡Viva el trabajo!

De un salto, pero salto lento, porque los trenes no se atreven a correr, salvo la distancia entre Andalucía y Asturias, pasando como una exhalación por Madrid. Tengo miedo a la corte y me detengo lo menos posible en ella, temeroso de que me coja la pereza con sus dulces caricias que adormecen el alma... Hago mis visitas y negocios de más urgencia, teniendo que caminar por el pedregoso arroyo la mayor parte del tiempo, á causa de que allí nadie va de prisa, y me lanzo hacia la estación del Norte buscando ansioso ya la línea Cantábrica con su paisaje de abismos y chimeneas. Pasada de noche la negra y monótona línea del horizonte castellano, surge la luz magnífica de un amanecer de sol, bajando por el soberbio espectáculo de Pajares. En los valles hondos flota una ligerísima niebla de color de plata, que parece en algunos momentos, vista de repente y rota contra los troncos de alguna alameda salvaje, el extremo sutil de una falda de mujer... El sol clarea una enorme línea de chopos jóvenes que crece allá abajo en los bordes del río... Van pasando taludes y cortaduras de piedra recia por cuyas aberturas rompe la vegetación y trepa con sus uñas az y sale como brazos robustos empujados en vencer... Entrá luego, en la velocidad de la bajada, el traqueteo que resuena contra las paredes de los muros y llega, al fin, la hermosa visión, la magnífica esperanza de los planos inclinados, de la esplanada negra por el carbón, de las naves de hierro, del humazo que sube breñas arriba... Y el paisaje triste de Andalucía, de la Mancha, de Castilla, sin maquinaria, con sol inútil, con brazos cansados, acaba de transformarse en algo hermoso, que si todavía no es grande, va hacia Europa en busca de la dignidad.

Me encuentro casi en mi elemento y el trabajo que realizo para hacer grande una fábrica, ni me es costoso, ni me hace padecer apenas. Los negocios marchan, encuentran medios de vencer. A cada paso se ven edificaciones nuevas con todas las exterioridades de la riqueza y con todo el afán noble de vivir bien. Hay en las anchas aceras de asfalto mucha gente que habla de negocios. Por toda la línea de la hermosa calle se leen rótulos en cristal ó hierro que anuncian oficinas... Y la estancia, después, en el café, parece que es un premio, un descanso agradable, una justicia que dulcifica el alma... Paso a las dos por todos ellos y los veo llenos, produciéndose un gasto lógico que pone al hombre a la altura debida.

Siempre a lo largo de la costa, atravieso Asturias, por cuyas carreteras cruzan cien diligencias y otros tantos carruajes particulares, se ven preciosas casas, de vez en cuando una alta chimenea, en seguida un puertecito cargando carbón ó enorme remesa de cajas de sidra...

El bello paisaje del trabajo a lo largo de Asturias, Santander y Vizcaya, me alza el espíritu como el *sursum corda* al pobre creyente que acaba de sufrir un amargo dolor. Corro con un amigo mío que he hallado y le quiero enseñar la vida, contagiándole de aquella actividad que nos rodea; corro con él repito, la ría entera metido en el tranvía eléctrico que chispea azuladas luces como miradas de mujer hermosa... y entramos a la vuelta en dos ó tres fábricas. El castellano tiene miedo. Abre unos ojazos de asombro debajo de aquellos tejados de hierro, por cuyas naves resuenan los martillazos, los silbidos y los gritos, que algunas veces estremecen de alarma. En el fondo, resaltando de la tremenda negrura de calderas que se yerguen, de tubos gigantescos que se retuercen y que se enclufan, corren los torrentes de hierro fundido que abrasa las carnes de los pobres trabajadores. Se niega a subir por los ascensores riudosos, metido entre las carretillas del hierro y del carbón. Ve la muerte—al revés que yo—por

todos los sitios donde pasa, debajo del alto pavimento de chapa por donde ruedan estrepitosamente las carretillas subidas, sobre la que brama el incendio de la carga de los hornos, desde la que se ve el soberbio espectáculo de todas las chimeneas de la fábrica, de todo el humo, de todos los fuegos, de toda una labor de tres mil hombres...

Pero donde el castellano se agarra a mi contodas sus uñas, donde yo me siento con gana de no salir y donde á él le roe el corazón un miedo terrible y una grandeza que le vuelve loco por que no la comprende aún, es en la sala de máquinas. Rompe los tímpanos, ahoga las voces, hace vibrar las carnes, enfria la piel como un entusiasmo por la patria, aquel brutal, gigantesco, furioso resoplido de las inyectoras. Es un trueno, una imponente tempestad dominada por el hombre, el cual, ennegrecido y radiante á la vez, pasea por ella, la atusa, la detiene, la enfurece, la canturrea como un padrecito a su niño ó como un buen amante a su novia... Los brazos van y vienen moviendo aquellos volantes que airean la cara y ensanchan el corazón.

—¡Vamos!...—oigo a mi oído por una voz esforzada á quien ahoga el resoplido tormentoso de las maquinarias.

Cruzamos á través de naves y más naves, de máquinas y más máquinas, de tubos gigantes, de hombres y más hombres con las grifas al hombro como soldados de un nuevo ejército redentor.

...Venía la noche y nos íbamos alejando en la enorme velocidad del tranvía eléctrico. Todo quedaba atrás, confuso; la ría reverberaba con la última mirada de la tarde. No hablábamos. El castellano rico seguía clavando sus ojos hacia el fondo, sobre las llamas que incendiaban la fábrica, queriendo meter en el corazón aquella nueva luz. Y yo figurándome todo el soberbio espectáculo como una visión magnífica de hombres con las grifas al hombro viniendo debajo de una aurora grandísima en busca de las ciudades y de los campos muertos...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

## ANUNCIOS HUMORISTICOS

Grande fué la obra de Noé descubriendo el *Vino Bagañón*. ¡Benditas sean las cepas que lo producen! De venta en la Bodega del Jalón, Caballero de Gracia, 56.

¿Queréis comenzar bien el año? Pues aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*.

Preguntaron a un inglés: ¿Hay algo mejor en la vida que una copita del rico aguardiente *El Hurón*?

—¡Mejor que una copita? ¡Pues una botella!

Madrid es una gran capital, porque en Madrid hay establecimientos como el gran almacén de muebles de *A. Vallejo, Alcalá, 17*, que puede competir con los mejores de París y Londres.

No hay fotografías mejores que las fotografías al platino. Y no hay mejor fotógrafo en todo el haz de la tierra que el fotógrafo *Jiménez, Cruz, 19*.

Ya lo dijo Moisés desde el monte Sinaí: Los mejores relojes del planeta se venden en el gran establecimiento de *D. Luis Ullod, Hortaleza, 58*. ¡Y dijo verdad!

¿Por qué derrotan siempre los boers á los ingleses? Porque los boers beben ginebra *El Ancla* y los ingleses ginebra *Guillemina*.

### La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. Depósito, *Farmacia, 3, principal*.—*Francisco Igual, Madrid*.

### VINOS DE RIOJA

Tinto fino..... 0,50 botella.  
Clarete superior..... 0,60 »  
Rioja Medoc..... 0,75 »

En botellas con malla precintada.

**SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»**

### CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

*Sucursales, Fuencarral, 102, y Preciados, 7.*

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

### PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

**Número suelto, 15 cts; atrasado, 0.**

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.